

La antigüedad de las Misiones, de esta Península, las grandes Dotaciones con que se fundaron por Personas Piadosas, las quantiosas limosnas que dieron otros Particulares para sostenerlas, los ymensos caudales ympedidos del R. Erario, en la conquista, y conservación de la Prov.<sup>a</sup>. y sobre todo el profundo respecto, y la obediencia yndispensable que se debe a las sabias Leyes de Nros. Catholicos Monarcas que prefirieron las mas justas reglas, para las reducciones de los Yndios Gentiles; son circunstancias todas muy especiales que prometian hallar en Californias unos pueblos bien formales, civilizados, y dichosos; pero con tanta admirazn. como dolor, se ha isto despues de la expulsión de los regulares de la Comp.<sup>a</sup>., que estas Misiones, las hicieron una meras Granjas, o Haciendas de Campo con havitaciones solo para el Misionero y algunos sirvientes, ó soldados del Presidio; que los naturales de ambos sexos, andaban generalmte. desnudos desmintiendo lo sociable, y hasta lo racional con sus barbaras costumbres, que retirados de las Marimas por los Misioneros, vivian vagos en los montes para buscar raíces, semillas, frutas, y animales con que sustentarse; que privados por este medio del gran auxilio de la pesca, y del buceo, en que fueron muy haviles quando Gentiles, no hallaban equivalente recompensa, en la sujeción a las reducciones, donde se les hacia trabajar por turnos, sin darles en muchas de ellas, alim.<sup>o</sup>. alg.<sup>o</sup>. en premio de su sudor, que mirando por esto con natural horror un trabajo yngrato, y aun tiranico aborrecian la agricultura, huían de la doctrina, y miraban la sociedad como el mor. de sus males; (citado en Armando Aguirre [1977: 56]). Muy Sor. mio de mi mor. estimazn. No me és poco sensible y reptignantente referir defectos de los que por su estado, y ministerio pudieran havernos dejado la agradable ocupación de alabar sus públicos haciertos; pero ademas del caracter y obligaciones que me estrechan a decir la verdad sin disfraces, y de ser muy combente. desengañar a los que movidos de su siega pasion lloran como perdida de estas Misiones la justissima Prov.<sup>a</sup>. de Nro. Agto. Soberano que evitó á Tpo. la ultima ruina de ellas, no es fácil jamás, ó es poco seguro a lo menos aplicar los remedios sin manifestar los males en toda su gravedad. He homitido sin embargo en el Decreto adjunto muchos mas estragos que causaron los regulares de la Comp.<sup>a</sup>. en esta desgraciada Península [y de los que V. Rma. mismo habrá ya notado algunos] por que no pudieron oyrse sin escandalo, y agraviarian demasiado la conducta de sus autores. Conocidos pues los daños que nos lastiman los ojos, y nos penetran el corazon devemos V. Rmas. y Yó de acuerdo no perdonar fatiga, trabajo, ni desvelo que pueda conducir a cumplir dignamte. las obligaciones respectibas en que los dos Reyes de Cielo, y tierra, nos han constituido y poner en practica qtos. medios sean oportunos para mejorar la ynfeliz suerte de unos miserables que fueron tratados con tanto desprecio, y se cultivaron tan poco que aun parecen racionales de segda. especie. (citado en Armando Aguirre [1977: 57])

En estas líneas podemos comprobar las críticas a las que se sometió la gestión jesuita en las misiones californianas y la violencia con que se manifestaron; según Joseph de Gálvez, con los fondos remitidos a los miembros de la Compañía, el estado de las misiones debía ser muy diferente de cómo se encontraron y la evangelización de sus «naturales» en un grado mucho más avanzado.

## Comentario

Como hemos podido observar, la península de Baja California es una tierra que, desde el momento de su descubrimiento por parte de los europeos, se ha visto rodeada de toda una serie de leyendas que, de una u otra forma, la han enmascarado.

En el extremo noroeste de las posesiones de la corona española en el continente americano, su conquista fue imposible durante todo el siglo XVI y mayor parte del XVII, y ésta sólo se realizó a partir del apoyo recibido desde el continente como base de aprovisionamiento y con el empeño de los jesuitas en conseguir la evangelización de sus gentes. A nivel político, se substituyó el interés primero, puramente de explotación directa de riquezas, por un valor estratégico de la colonia, de manera que se controlaba la navegación del Pacífico, amenazada por los piratas, y se conseguía un buen puerto de escala para los barcos autorizados. Así pues, con esta voluntad tan concreta de control geográfico, fueron delegadas todas las responsabilidades internas de la colonia en los miembros de la Compañía de Jesús, y en estas circunstancias las inversiones del Estado fueron las mínimas para garantizar su posesión. Es verdad que los misioneros aceptaron estas condiciones cuando iniciaron su empresa, pero aún así se lamentaron del modo en que tuvieron que llevar a cabo su cometido.

Los jesuitas querían un cambio cultural en los pueblos californianos, evidentemente, pero fueron muy vigilantes en cómo introducir a los aborígenes en la «modernidad»; frente a la explotación de riquezas propias de la península —minerales o perlas— pretendían domesticar el entorno y dirigir a los indígenas para imponer una economía productiva agrícola autosuficiente. Cierto es que nunca consiguieron su propósito y que crearon unos centros de población que no podían alimentar a todos los habitantes de su entorno; prueba de ello es que las misiones de Baja California siempre dependieron de los suministros cedidos que llegaban de Sonora y Sinaloa. También hay que recordar que la conquista no fue todo lo pacífica como esperaban algunos y que si sumamos la mortalidad producida por las nuevas enfermedades, en realidad esto no sólo fue el fin de unas culturas, sino el principio de la desaparición física de los californianos.

De todo lo acaecido en la península durante el siglo XVIII, tenemos un testimonio en los escritos de los jesuitas, documentos que nos aportan una visión muy concreta, parcial, si se quiere, de una realidad que fue vivida desde distintos puntos de vista. La literatura referida podemos clasificarla en tres modalidades diferenciadas: cartas privadas, informes oficiales y recopilaciones históricas. Una primera lectura de parte de los documentos accesibles muestra algunas diferencias entre ellos. Por lo que se refiere a cartas, las poseemos de varios misioneros; en ellas se encuentran las visiones más personales de la situación vivida, incluso, para el caso de Baegerte, se observa que en las cartas enviadas a su hermano es mucho menos moderado en sus juicios que en la *Historia* que posteriormente escribió para el público (H. Aschmann 1986: 243). Los informes tienen una función concreta, que es normalmente solicitar ayuda, y por ello, si no nos atrevemos a decir que hay auténticas exageraciones en ellos acerca de algunos puntos, al menos sí que se pone el acento en las penalidades sufridas y las necesidades a solventar; otra diferencia con otro tipo de escritos es la tendencia, en algunos de estos informes, a descifrar la potencialidad económica que la corona española podría asegurarse con la colonización de la península californiana<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Un ejemplo claro de este tipo es el informe de Rodero de 1737, en el que hace elogios de todas las riquezas que se pueden sacar de Baja California (E. J. Burrus (ed.) 1962: 279-303).

Finalmente poseemos las *Historias de la Antigua o Baja California* escritas por los jesuitas; estos libros fueron escritos en Europa, algunos posteriormente a la expulsión de los jesuitas, ofreciendo una visión amplia de Baja California que incluía la geografía, la botánica, la fauna, la historia de las misiones y las descripciones de los aborígenes. Estas *Historias* tienden a exaltar los duros trabajos de los misioneros y la magnitud de su obra en un marco que es descrito como muy hostil, y de alguna forma servía para contrarrestar las críticas que la Compañía soportaba. Los autores, si bien jesuitas, no todos estuvieron en Baja California: Venegas, que nunca viajó a la península, escribió su libro en base a los documentos de los padres Salvatierra, Piccolo, Ugarte, Kino y Taraval entre otros, y aunque se quejaba de que le faltaba material, redactó un manuscrito que nunca se publicó; más tarde, el también jesuita Andrés Marco Burriel reelaboró ese escrito que posteriormente fue retocado por el procurador general de los jesuitas en Nueva España, padre Ignacio Altamirano; finalmente el libro se publicó como obra de Venegas<sup>30</sup>. En cambio, Baegert fue durante diecisiete años misionero entre los guaicuras, de manera que se trata de una fuente de primer orden<sup>31</sup>. Clavijero tampoco estuvo nunca en la península, sin embargo es considerado como una fuente muy fiable debido a la forma en que trata sus fuentes de información, principalmente del Barco y Ventura<sup>32</sup>. Por otra parte los que escribió del Barco no era propiamente una *Historia*, sino que él lo denominó como *Correcciones y adiciones* a la obra de Venegas, pues había algunos puntos que chocaban con la experiencia directa que él tenía después de treinta años en la península; aún así, en los datos que coincidía no le importó citar el texto del propio Venegas.

A pesar de estas diferencias, que en algunos casos hemos comentado, todos los autores jesuitas coinciden en considerar a los aborígenes como unos auténticos «salvajes», tratándolos de holgazanes, viciosos, estúpidos...; en ello es especialmente incisivo Baegert, mientras que del Barco matiza este juicio entendiendo que este carácter tan «despreciable» de los californianos se refiere a su estado natural, pero que se corregía con la educación recibida en las misiones (M. del Barco 1989: 294-295). Evidentemente, peor se consideraba a los californianos cuanto más se resistían a la evangelización; por ello, las tribus del sur siempre fueron las más vituperadas de California. Realmente, de manera intencionada o por ignorancia, se tendía a presentar a los californianos como pueblos miserables hasta límites infrahumanos; por ese motivo hay que valorar críticamente las afirmaciones de los colonizadores religiosos. Un buen ejemplo en este sentido podrían significar los estudios de los recursos alimenticios en la zona sur de la península, que llevan a cabo Reygadas y Velázquez, según los cuales los misioneros podrían no juzgar correctamente los recursos de Baja California por desconocimientos de todos los nichos ecológicos (Reygadas y Velázquez 1982: 15).

Pero fueran cuales fueran sus prejuicios, desde el punto de vista de los documentos, es de resaltar el interés que los jesuitas pusieron, no sólo en la pura historia de las misiones, sino en todo su entorno. Es por ello que estos documentos resultan importantes para la investigación sociocultural de la población prehispánica de Baja Cali-

<sup>30</sup> Ver el prólogo de M. León Portilla a la obra de M. del Barco (1989).

<sup>31</sup> Según algunas investigaciones, J. J. Baegert parece haber tenido acceso a las cartas que él mismo escribió a su hermano durante su estancia en Baja California, para escribir su *Historia* (H. Aschmann 1986: 243).

<sup>32</sup> Ver el prólogo de M. León Portilla a la obra de F. X. Clavijero (1982).